Necropolítica

Módulo 4. ¿Por dónde cruzan los racismos en México?

Sesión 4.2. Necropolítica y desplazamiento forzado

Texto:

Mbembe, Achille (2011) "Necropolítica", (trad.) Elisabeth Falomir Archambault, España: Melusina, p. 17-76.

En este documento de trabajo presentamos el concepto de necropolítica *(del francés necropolitique), acuñado por el filósofo camerunés Achille Mbembe en 2006. Para desarrollar el concepto, el autor recurre a la teoría del poder (Michel Foucault) y también a la teoría post-colonial. Otro referente importante es la obra del martiniqués Frantz Fanon, sobre todo al momento de definir* la ocupación colonial*. Necropolítica es un concepto fundamental para comprender la relación actual entre el Estado, la guerra, la economía y las diferentes categorías de personas en regímenes post-coloniales, ya sea en estados de excepción o estados de sitio.*

I.

Biopoder es "ese dominio de la vida sobre el que el poder ha establecido su control" (p. 20), que funciona a través de la segregación de "las personas que deben morir de aquellas que deben vivir" (p. 21) y del control biológico entre vivos y muertos. Esto crea necesariamente una jerarquía entre los seres humanos y una ruptura biológica entre los diferentes grupos sociales. Foucault llama a esto racismo.

> La noción de biopoder es suficiente para reflejar las formas contemporáneas de sumisión de la vida al poder de la muerte […] las nociones de política de la muerte y de poder de la muerte, para reflejar los diversos medios por los cuales, en nuestro mundo contemporáneo, las armas se despliegan con el objetivo de una destrucción máxima de las personas y de la creación de mundos de muerte [donde las personas son muertos vivientes] (p. 75)

Con esta conceptualización en mente, para Mbembe la *Necropolítica* es la política basada en la idea de que para el poder unas vidas tienen valor y otras no, y que entonces tiene *soberanía* para matar, dejar morir o dejar vivir. Se define *soberanía* como el poder de dar vida o muerte instalando el estado de excepción (Carl Schmitt).

El autor define el *lugar post-colonial* como aquel donde un poder difuso, no necesariamente estatal, inserta la "economía de la muerte" en sus relaciones de producción y la violencia se vuelve un fin en sí mismo. Así, Mbembe cree hallar los orígenes de la política del "hacer morir y dejar vivir" en el periodo colonial, "momento de gran desestructuración de los límites entre la vida y la muerte" (p.14), donde el cuerpo humano es cosificado al volverse un recurso de entre muchos otros para ser explotado. El concepto de persona es socavado, extraído del cuerpo que, vaciado de su integridad moral, no es otra cosa que la pieza de una máquina.

II.

Mbembe "plantea la hipótesis de que la expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir" (p. 19). Como dijimos antes, en este caso, soberanía no significa –como en las ciencias políticas y las relaciones internacionales– independencia y autodeterminación de un Estado-nación, sino las relaciones de poder entre el Estado-nación y la vida de los

ciudadanos a través del control de la mortalidad. El autor entiende la política como un trabajo de muerte y la soberanía como el derecho de matar. Para Mbembe, entonces, vida es despliegue y manifestación del poder. La soberanía es definida y justificada mediante el "estado de excepción" y las relaciones de enemistad, donde el objetivo fundamental es eliminar la pluralidad mediante el terror y el asesinato.

Para explicar lo anterior Mbembe presenta tres ejemplos. En primer lugar considera la esclavitud como un momento de ensayo y consolidación de la biopolítica y la racionalidad occidental. El esclavo ha perdido el hogar, el derecho sobre su cuerpo y el estatus político. Esta es la dominación absoluta, una muerte-en-la- vida marcada por el horror, crueldad y desacralización. Por ello, en este caso, Mbembe considera que a pesar de que en la plantación están el amo y los esclavos conviviendo juntos, no existe una verdadera comunidad ya que no hay comunicación, no hay libertad de palabra y pensamiento para los esclavos. Aquí el autor introduce un nuevo concepto, tomado de Paul Gilroy, que es "vivir de forma no-sincrónica" (p. 32) entendido como la "contradicción entre la libertad de propiedad y la libertad de la persona" (p. 33). Sin embargo, afirma Mbembe, incluso en la esclavitud y en el espacio de la plantación, "el esclavo es, pese a todo, capaz de hacer un objeto, instrumento, lenguaje o gesto una representación estilizándolos"; es decir, es capaz crear una estetización de la vida.

El segundo ejemplo que Mbembe utiliza en su argumentación es el de los regímenes de *Apartheid* en las colonias africanas, caso en los que la raza es el pivote de enlace entre el biopoder, el estado de excepción y el estado de sitio.

El tercer ejemplo que emplea es el del Holocausto durante la Segunda Guerra Mundial. En este caso afirma que en este momento se llevó a los pueblos civilizados las prácticas que antes habían sostenido con los "salvajes".

En todos los casos, lo que persigue Mbembe es poder afirmar "que en el pensamiento filosófico moderno, tanto como en el imaginario político europeo, la colonia representa el lugar en el que la soberanía consiste fundamentalmente en el ejercicio de un poder al margen de la ley […] y donde la 'paz' suele tener el rostro de una 'guerra sin fin'" (p. 37).

Explica Mbembe que las colonias son la antítesis del Estado. Un Estado no debe ejercer ningún derecho más allá de sus fronteras, pero al interior, es la suprema autoridad y entre sus funciones principales está matar o acordar la paz. Por tanto, los Estados han "civilizado" el asesinato y racionalizado las formas de matar. En cambio "las colonias son zonas en las que la guerra y el desorden […] son el lugar por excelencia en el que los controles y las garantías del poder judicial pueden ser suspendidos, donde la violencia del estado de excepción […] opera al servicio de la 'civilización'" (p. 39).

Para el autor esto se debe a la existencia de un componente racista que media entre el conquistador y el indígena, y que les impide la identificación y los pone frente a una hostilidad absoluta. Para los conquistadores, los "salvajes" eran parte de la naturaleza, carecían de lo específicamente humano y, por tanto, no era un crimen matarlos. "Según esta configuración, la violencia constituye la forma original del derecho y la excepción proporciona la estructura de la soberanía" (p. 42).

III.

La ocupación colonial, dice Mbembe, es una forma de control físico y geográfico a través del ejercicio de la soberanía. Por ello es también un conjunto de relaciones sociales y espaciales definidas por líneas de demarcación y jerarquías entre grupos de personas con derechos diferenciados según las diferentes categorías de personas (sujetos u objetos). En la modernidad conocemos dos grandes formas de categorizar personas y ambas están relacionadas: la clase y la raza. Por tanto, concluye Mbembe: "[…] la soberanía es la

capacidad para definir quién tiene importancia y quién no la tiene, quién está desprovisto de valor y puede ser fácilmente sustituible y quién no" (p. 46). Según Mbembe, hay una diferencia entre la ocupación colonial moderna y la tardía. Para ejemplificar esta última, se refiere a Palestina, donde las relaciones entre lo disciplinario, la biopolítica y la necropolítica difieren, pues el Estado arguye la soberanía basada en su propio relato de la historia y la identidad de un derecho divino a la existencia. En este caso, la enemistad absoluta entre personas está fundamentada en la enemistad absoluta entre deidades y tiene lugar a través del terror sagrado.

El necropoder se manifiesta en una formación específica del terror atendiendo a cómo obstaculiza la movilidad y segrega a la población. En la franja de Gaza encontramos sus principales características:

1) la fragmentación territorial a través de una compleja red de fronteras interiores y células aisladas que no obedecen a una geometría plana del territorio sino transdimensional: subsuelo, suelo y espacio aéreo (políticas de la verticalidad, Eyal Weizman).

2) el acceso prohibido a ciertas zonas mediante el trazado urbano de las vialidades y "exclusividad recíproca" (Fanon) en un mismo paisaje. No hay un frontera entre dos Estados, sino líneas provisionales que dividen: "en los puntos en que las redes se cruzan, se instalan separaciones improvisadas" (p. 50).

3) la guerra de infraestructuras: desde el espacio aéreo se utilizan varias tecnologías para la observación, que en combinación con el constante sabotaje de la infraestructura social y urbana del enemigo, trabajan para matar con mayor precisión.

En resumen: "Se otorga a los comandantes militares locales libertad de matar a quién les parezca y dónde les parezca. Los desplazamientos entre distintas células territoriales

requieren permisos oficiales. Las instituciones civiles locales son sistemáticamente destruidas" (p. 53).

IV.

Mbembe posteriormente analiza las guerras contemporáneas. Éstas no se basan en la "violencia contractual", ni en las tipologías de guerra "justa" o "injusta" y sus objetivos no son la conquista, requisa o anexión de un territorio; sino la sumisión del enemigo a través de daños duraderos en la vida civil con el fin de mermar el sistema de supervivencia. Por tanto, la soberanía, así como la define Mbembe, no es un ejercicio solo de los Estados y sus ejércitos regulares, sino que la mano de obra militar está disponible en el mercado global en forma de "máquina de guerra": "facciones de hombres armados que se escinden o funcionan según su tarea y circunstancias [como] una organización política [o] una sociedad mercantil" (p. 58). Además, el autor apunta que "el Estado puede, por sí mismo, transformarse en una máquina de guerra. Puede, por otra parte, apropiarse para sí de una máquina de guerra ya existente, o ayudar a crear una" (p. 59).

Una máquina de guerra combina funciones y tecnologías tanto del ámbito político como del mercantil a nivel local, regional y transnacional contra poblaciones civiles desarmadas, masacrándolas y aterrorizándolas. La máquina de guerra surge principalmente en torno a enclaves económicos. Por tanto, genera un ambiente social con características particulares de extracción y explotación extrema tanto de recursos naturales como de recursos humanos sometidos a masacres. Según Mbembe, en este ambiente surge una forma inédita de gubernamentabilidad que llama *gestión de multitudes*. Esto es "tentativas brutales de inmovilizar y neutralizar espacialmente categorías completas de personas, o paradójicamente, liberarlas para forzarlas a diseminarse en amplias zonas que rebasan los límites de un Estado territorial" (p. 62).

Los personajes de estas sociedades son el mártir que muere por la libertad y el superviviente que mata por seguridad. El caso del mártir reconfigura las relaciones entre resistencia, sacrificio y terror ya que su deseo o el valor de la libertad superan la vida misma. El cuerpo del mártir es el arma, se acerca al enemigo y lo mata pero muere con él. La muerte es sobre lo que tiene poder el individuo, donde se funden libertad y negación en estado puro. En la figura del mártir vemos la sumisión de la vida al poder de la muerte.